

35



LA DAMA EN EL GUARDAROPA.

Comedia en un acto, en verso, por D. G. H. y R., para representarse en Madrid, en el teatro del Instituto, el año de 1848.

PERSONAS.

ELISA. D. EDUARDO.
ALBERTINA. EL BARON DE VERDEMAR.
D. CARLOS. ISABEL.

La escena es en Madrid, en casa del Baron.

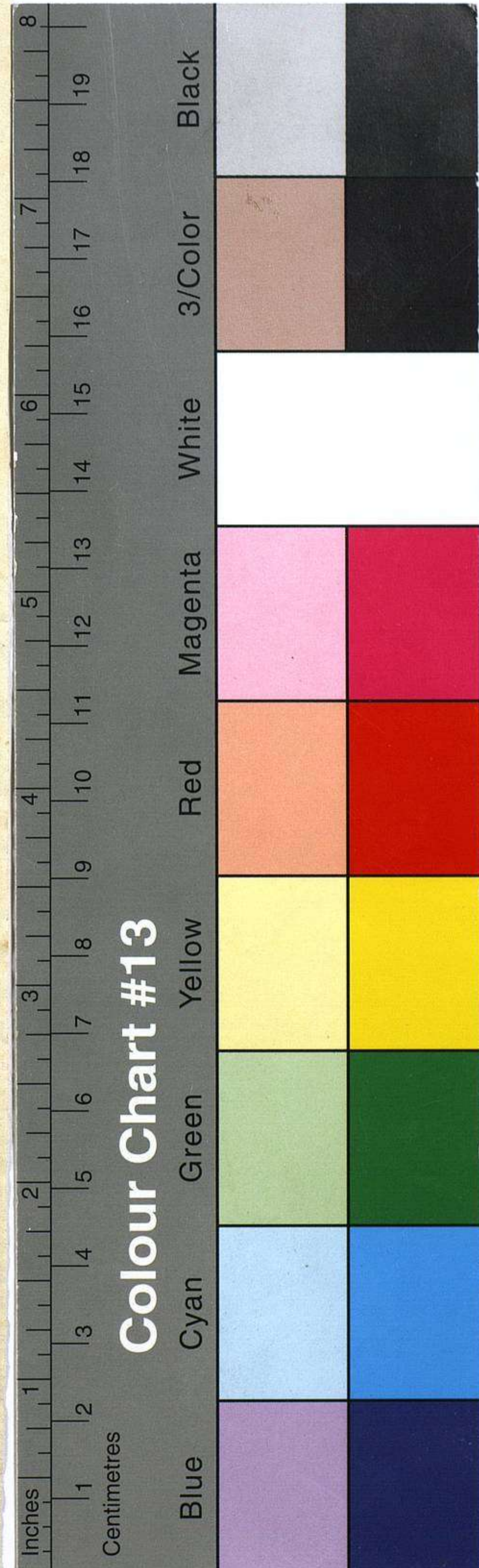
Sala con dos puertas laterales, una que comunica con las demas piezas de la casa, y otra con un cuarto sin salida; en el fondo un guarda-ropa que oculta una puerta transitable; una maleta con ropa, abierta y puesta sobre una silla; mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y EDUARDO que entra.

EDU. Querido Carlos!
CAR. Eduardo! (se abrazan.)
EDU. Cuanto tiempo hacia ya que no te veia.
CAR. Es cierto; mas no te puedes figurar lo que anhelaba este abrazo mi inalterable amistad.
EDU. Lo creo; nacidos ambos en Sevilla, y ademas compañeros de colegio, el tiempo llegó á formar un cariño entre nosotros puramente fraternal. Mucho sentí el apartarme de tu lado, para entrar en posesion del destino que tube necesidad de procurarme en Madrid, pero tú no ignoras cuan triste era la posicion de mi familia.
CAR. Es verdad.
EDU. Y què te trae á la corte? Vienes á solicitar algun empleo en Madrid?

CAR. Nada de eso; ya sabrás que hace seis meses escasos falleció mi tio
EDU. Cuál?
CAR. El que estaba en Veracruz?
EDU. Ese mismo.
EDU. Lo sé ya.
CAR. Careciendo de herederos forzosos á quien dejar sus incalculables bienes, como era muy natural testó en favor de su hermano el Baron de Verdemar dejándome varias fincas y algun efectivo, mas en esta parte las cláusulas del testamento no están del todo claras. Mi tio el Baron, que, por su mal, sabe muy bien que los pleitos solo sirven para dár disgustos al litigante, y pesetas al curial, me escribió viniese á verme con él, á fin de zanjar sin meternos en litigios, cualquiera dificultad que hubiese. Yo, que hace tiempo deseaba visitar la corte, no solamente para ver la infinidad de bellezas que posee, sino tambien para dár un abrazo á mis parientes, y otro á ti, seguí con tal esactitud su dictámen, que al punto, sin vacilar, me embarqué en la diligencia y ya me tienes acá, lleno de polvo, y molido del traqueteo infernal



del coche, que me ha dejado
sin un hueso en su lugar.

EDU. Cuanto me alegro!

CAR. Mil gracias!

Es mucha tu caridad!

EDU. Hombre, si es de tu llegada
de lo que me alegro!

CAR. Ya!

Di, visitas á mi tio?

EDU. Si no le he visto jamás!

Llamé, pregunté por tí,
y me mandaron pasar.

CAR. Héme aquí, querido amigo,
lleno de impaciente afán
por conocer á mi prima;
dicen que es una beldad
de primer orden; muy pronto,
según me dijo el papá
cuando salió esta mañana,
la voy á ver. Llegué tan
temprano, que estoy cansado
de esperar... Nunca será (*suspirando.*)
mi prima como otra joven
que vi en Sevilla, hace más
de dos años.

EDU. Ola, ola!

Me atrevería á jurar
que vienes enamorado;
á un lado la cortedad
y cuéntame tus amores

CAR. Poco tienen que contar,
aunque no dejan de ser
extraordinarios.

EDU. Qué tal!

Novela tenemos; habla.

CAR. Fui una noche á pasear
y vi una joven bellísima,
seductora, angelical;
seguila con mucho empeño,
y conseguí averiguar
que vivía allí inmediato;
pero fué inútil mi afán
largo tiempo; al fin llegó
la velada de San Juan,
y la hallé en ella. No puedo
darte una idea cabal
de mi alegría en aquel
instante.

EDU. Que palpitar
de corazón!

CAR. No hagas burla
de aquella felicidad
tan inefable, tan santa!

EDU. Hombre, no; soy incapaz...

CAR. Hubo baile en la alameda,
y aunque con dificultad,
logré bailar con mi amada.

EDU. Que no fue poco lograr.
Y después?

CAR. La hice un bosquejo
del amososo bolcan
que en mi corazón ardía.
Todo sin esagerar,
porque la amaba, la amaba
con una pasión voraz!
Oyendome estubo atenta,
mas, cuando creí escuchar
un dulce sí de su boca,
me dijo que estaba ya

comprometida su mano,
que no podía esquivar
aquel formal compromiso,
que estimaba mucho tal
predilección de mi parte,
eccetera. Mas con tan
triste acento se expresaba,
que aun el menos perspicaz
hubiese notado que era
contrario á su voluntad
aquel fatal compromiso.
No bien acabó de hablar
de esta manera, se fue
presurosa á una señal
de la que le acompañaba,
que era Señora de edad
algo avanzada. Ni aun tube
tiempo para contestar
á su saludo.

EDU. Que diablo
de accidente! El carcamal
de la vieja bien podía
haberos dejado en paz.

CAR. Considera, amigo mío,
como me debí quedar
en vista del resultado
desesperado y fatal
del asunto. Aun no paró
allí mi infelicidad...

EDU. Qué sucedió?

CAR. Desde entonces
no he vuelto á verla, por más
esfuerzos que he hecho al efecto.
A fuerza de preguntar
en todas partes por ella,
supe que era natural
de Madrid, que residía
en Cádiz hacia ya
medio año, y que con motivo
de dirigirse á arreglar
cierto negocio en Sevilla,
el argos, que por mi mal,
estaba en su compañía,
la llevó con ella allá,
sin duda con el objeto
de que viese la ciudad.
Marché á Cádiz al instante,
mas no pude averiguar
el paradero de Clara,
y desde entonces acá
soy el más desventurado
que se pudiera encontrar!

EDU. En efecto, todo eso
es bastante original;
mas no pierdas la esperanza
de encontrar á tu deidad.

CAR. Ah! no lo espero.

EDU. Mal hecho,
pues no debes ignorar
que en donde menos se piensa
salta la liebre.

CAR. Es verdad;
pero...

EDU. No hay pero que valga;
mira, debemos bajar
todas las tardes al prado,
y allí tal vez la hallarás.
Si como dices es cierto
que es madrileña, quizá

se volveria á la corte desde Sevilla; ademas, facil te será olvidarla si te llegas á preñar de alguna paisana suya.

CAR. Prendarme de otra! Oh jamás podré.

EDU. Quien sabe; de menos nos hizo Dios. Voy á dar con tu permiso una vuelta por casa; sali con tal precipitacion apenas supe que estabas acá, que no dije una palabra á mi esposa, y debe estar volada por mi tardanza. A Dios Carlos.

CAR. Volverás pronto?

EDU. Si, volveré dentro de media hora á mas tardar.

ESCENA II.

CARLOS, solo.

Ah Clara!.. ni un solo instante se aparta de mi memoria tu imágen, única gloria de mi corazon amante; sin Clara viviendo muero, mi dicha es verla y amarla, si es preciso para hablarla recorreré el mundo entero; y si consigo saber qué compromiso la liga á otro hombre, tal vez consiga su compromiso romper. Lo que es ella debe estar aun en Cádiz, mas no importa, que á su familia á la corta ó á la larga aqui he de hallar. Es verdad que ignoro el nombre las señas de esa familia, pero cuando amor le auxilia vence imposibles el hombre. Ah! amor es cara fruta!.. Si al llegar á los extremos de la jornada, saldremos conque es mi dama una astuta aventurera?. Qué horror! Clarita una aventurera! Sospechar de esa manera de las imágen del candor!! Perdona mi atrevimiento, bella entre las bellas, ah! perdona que nadie está libre de un mal pensamiento! Dos horas hace que aqui me dejaron... por lo visto han olvidado que existo. Mas hete al baron allí.

ESCENA III.

CARLOS, el BARON.

BAR. Me has de dispensar, sobrino, que te haya dejado solo tanto tiempo.

CAR. Está usted ya dispensado.

BAR. Los negocios me abruman.

CAR. Querido tío, incurre usted en mi enojo, si no abandona al tratarme cumplimientos enfadosos. Cuide usted de sus asuntos, sin que á ello sirva de estorbo mi venida; entre parientes la franqueza antes que todo; nada de etiqueta, nada... casualmente hace muy pocos momentos ha estado á verme un joven muy á propósito para reemplazar a usted en el cargo, algo penoso, de dirijirme en el dédalo de Madrid, que desconozco. Es un tal Eduardo Arjona, con quien en tiempos mas prósperos conjugé verbos latinos, y jugé al chito y al trompo.

BAR. Me alegro; en su compañía estáras mas á tu antojo, pues... los viejos con los viejos y los mozos con los mozos. Como una prueba inequívoca de la franqueza con que obro, te dejo en este momento y á mis asuntos me torno.

CAR. Bien, tío, lo que usted quiera; volverá Eduardo muy pronto, y pasaremos el rato charlando como dos loros. A mas, si solo me dejan solito me las compongo.

BAR. Has almorzado?

CAR. Hace mucho. (Como que es hora ya de otro pisolavis.)

BAR. Ya veremos de arreglar nuestros negocios mas tarde.

CAR. Tiempo nos queda para ello, pues me propongo pasar aqui algunos meses.

BAR. Eso me llena de gozo. A Dios... Ah se me olvidaba: Elisita está hoy un poco indispuesta; esa es la causa de que, contra su propósito, aun no se haya levantado, mas debe hacerlo muy pronto. Tiene deseos de verte.

CAR. Tambien yo estoy deseoso de ponerme á sus pies.

BAR. Vaya, con tu permiso... el coloquio me agrada, mas los asuntos me acusan de perezoso.

ESCENA IV.

Los mismos y EDUARDO.

EDU. Pase usted...

BAR. Sirvase usted...

EDU. No insisto, gracias...

BAR. Supongo
que este caballero es
tu paisano, el que hace poco
vino á verte?

EDU. Servidor
de usted.

BAR. Puede usted del modo
que mas le plazca, mandarme,
y disponer á su antojo
de esta casa.

EDU. Mil gracias.

BAR. Soy con ustedes muy pronto.

ESCENA V.

CARLOS, EDUARDO.

EDU. Me parece tu tío
bastante original.

CAR. Seguramente,
mas tiene, amigo mio,
buen fondo y un caracter excelente.

EDU. Lo creo. Antes de nada
vas á venir conmigo, pues mi esposa,
que sabe tu llegada,
está de conocerte deseosa!

CAR. No tengo inconveniente,
mas déjame mudar.

EDU. De cualquier modo
estas perfectamente;
vivo un paso de aqui.

CAR. Pero con todo...
Ya lo ves, estoy lleno
de polvo de los pies á la cabeza.

EDU. Eso no importa... bueno...
así nos probarás que con franqueza
nos tratas.

CAR. No lo dudo,
y os probaré tambien que muy curioso
no soy, si no me mudo;
deja que me cepille, y presuroso
me ponga una levita. *(lo hace.)*

EDU. Despacha.

CAR. En dos momentos estoy listo.

EDU. Di? Viste á la primita?

CAR. Como está algo indispueta, no la he visto.

EDU. Qué tiene?

CAR. Poca cosa.
No sé porque he llegado á figurarme
que es algo melindrosa;
creo tardarán poco en anunciarme
su audiencia deseada.
No conocerla tú... tú, su vecino!

EDU. Yo no lo extraño nada,
que eso en Madrid sucede de continuo;
si deseas curarte
de ese tenaz esplin que es tu tormento,
hombre, debes casarte
con tu prima.

CAR. Tengo hecho juramento
de no partir mi tálamo con prima.

EDU. La prima, estame atento,
es muger, y esto basta; se la estima:
esa es cuestion resuelta.

CAR. Ya estoy corriente.

EDU. Vamos.

CAR. Al instante,
que debo estar de vuelta
antes de que mi prima se levante.

ESCENA VI.

ELISA, ALBERTINA.

ELI. Es él, Albertina, es él.
(mirando por donde se fué Carlos.)

Es mi primo. No cabe
duda, el joven que en Sevilla
tan rendido y tan galante
me declaró que me amaba.

ALB. Jesus que casualidades
se ven en el mundo! Mira
no te equivoques!

ELI. No es facil
equivocar el objeto
que recordamos amantes.

ALB. Conque le quieres aun?

ELI. Oh si! Albertina; su imágen
esta grabada en mi pecho
desde el venturoso instante
en que le vi. Como habia
prometido ya mi padre
mi mano á mi anciano tío,
crei debia apartarme
de cualquiera compromiso
que su gusto contrariase;
pero despues que murió
mi tío, cuantos pesares
he tenido ya de haber
sido tan inexorable
con aquel joven.

ALB. Y cómo
cuando á Sevilla pasaste
no visitaste á tu primo?

ELI. No es facil ahora explicarte
la causa; una amiga mia,
señora muy respetable,
necesitando pasar
á Sevilla, me hizo tales
instancias para que fuese
con ella, que hube de darle
gusto, y á fin de evitar
que papá se incomodase
sabiendo que sin permiso
suyo, salia de Cádiz,
hice mi viage de incógnito,
tomando, para ocultarme
mejor, el nombre de Clara.

ALB. Tienes motivos bastantes
para creer que te ama
tu primo?

ELI. Oh! si; es indudable
su amor; si le hubieras visto
cuando me habló! Aquéllas frases
ardientes é interrumpidas
por la conmocion mas grande
revelaban un amor
que no podia ocultarme.
Mira, quiero sorprenderle.

ALB. Veamos como lo haces.

ELI. Coloco aqui mi retrato, *(lo hace.)*
y desde ese escaparate
fingido, observo el efecto
que en Carlos obra mi imágen.
Luego es preciso que tú
te presentes transformándote
en mi, en la hija del Baron.

ALB. Y con qué objeto?

ELI. Mas tarde
lo sabrás.

ALB. Pero entre tanto como podré gobernarme?
 ELI. Muy facilmente; sostienes del modo que mas te agrade cualquiera conversacion con Carlos.

ALB. Y si tu padre sabe ese enredo .? .?

ELI. No importa, de todo salgo garante; haz bien el papel de Elisa, y por nada ni por nadie te inquietes.

ALB. Si ese es tu gusto lo haré por no disgustarte.

ELI. Alguien se acerca. Es mi primo, vamos al escaparate.

ESCENA VII.

CARLOS, solo.

Que gente tan estimable la de casa de mi amigo! Cuantos obsequios y cuantas ofertas! Ya que hay avios, (se acerca á la mesa.) escribiré cuatro letrás, dando á mi familia aviso de mi llegada, entre tanto que viene Eduardo; Dios mio!

(sorprendido en estremo.)

soy el juguete de un sueño ó es realidad lo que miro? Clara! El retrato de Clara!!

(examinando el retrato.)

No cabe duda...! Bendito, bendito mil veces sea el pincel que los hechizos del angel á quien adoro trasladar aqui ha sabido! Es ella, es ella...! que hermosa...! Mas por qué raro prodigio se encuentra aqui su retrato? Reflexionar es preciso; habitará en esta casa Clarita?... Que desvario! Será mi prima el objeto de mis amantes suspiros? No puede ser... Mas quién sabe?.. Oh! voy á perder el juicio si no consigo al momento salir de este laberinto.

Llamemos. (lo hace.) El corazon me anuncia que han concluido la tristeza y los afanes conque hace algun tiempo lidio.

ESCENA VIII.

CARLOS, ISABEL.

ISA. Mande usted?

CAR. Se ha levantado mi primita?

ISA. Ahora mismo.

CAR. Estoy con muchos deseos de verla, que aun no he tenido ese gusto; hágame usted el obsequio de decírselo.

ISA. Está bien, con mucho gusto. (rase.)
 CAR. Ay...! tengo el alma en un hilo, y quiere romper el pecho el corazon con sus brincos.

ESCENA IX.

CARLOS, ALBERTINA.

CAR. (desanimado.) No es ella, no es ella! Vamos estoy por pegarme un tiro.)
 Señorita, beso á usted los... (No sé lo que me digo.)

ALB. Querido Carlos, aqui (en tono franco.) me tiene usted ya. He sentido no poder salir mas pronto á conocer á mi primo. Ya habrá dicho á usted papá la causa que me ha impelido levantarme mas temprano.

CAR. En efecto, me lo ha dicho... No ha hecho usted falta ninguna (Ay! ya sollé un barbarismo!) Quiero decir que... se siente usted mejor?

ALB. Un poquito. Y usted qué tiene?

CAR. Yo?... nada. (Creo que estoy paralitico.)

ALB. Trátame usted con franqueza

CAR. Asi lo haré... soy... tan tímido...!

ALB. Pues sienta malditamente la timidez entre primos.

CAR. Como nuestras relaciones comienzan ahora...

ALB. Es de fijo, pero eso no importa: todas las cosas quieren principio; haga usted cuenta que se halla entre su familia.

CAR. Estimo mucho la amabilidad con que en casa de mitio se me trata: diga usted, primita, tengo entendido que habita aqui con ustedes una joven...

ALB. No adivino lo que haya podido dar motivo, á esa noticia motivo, pues no hay aqui mas mugeres que las dos que usted ha visto. (Todo vá á pedir de boca.)

CAR. (Este es negocio perdido.) Conoce usted á una joven que estubo el pasado estío en Sevilla, y que se llama Clarita?

ALB. No.

CAR. Pues me dljo, la única vez que la vi, en... en casa de un amigo, que vivia en esta calle.

ALB. (Ya te entiendo, picarillo!) Pues no conozco á ninguna Clarita.

CAR. (Pero Dios mio quien trajo aqui ese retrato?) Elisita... el vientecillo que penetra en esta sala

debe serle á usted nocivo...
retírese usted si gusta...

ALB. Gracias, si, ya me retiro,
aunque el hablar con usted
me sirve de mucho alivo.

(familiarmente.)

Qué, no me dice usted nada
de su amor? Aquí ha corrido

por segura la noticia
de que usted, querido primo,

iba á casarse en Sevilla,
con una joven del mismo

nombre que yo, á quien amaba
con frenesi, con delirio.

CAR. Yo? No conozco en Sevilla
ninguna Elisa, es falsísimo.

ALB. Seria Clara sino
la que amaba usted; lo digo

porque hace poco al nombrarla
estaba usted conmovido.

CAR. No... me acordé por la calle...

ALB. (La quiere aun, está visto.)
Desde luego digo á usted

que le gustará poquisimo
la corte.

CAR. Por qué primita?

ALB. Porque hallándose su idolo
en Sevilla, lejos de él

le servira de fastidio
todo, y contra nuestro gusto

tomará pronto el camino
de su tierra.

CAR. No; que al lado
de mi primita y mi tio,

de menos nada echaré,
estoy de ello persuadido.

En cuanto á mi idolo, ignoro
donde se halla á punto fijo;

es una especie de duende
que anda como un zarandillo

de aqui para allí.

ALB. Ja, ja,
que cosas tiene usted, primo!

Mas tarde continuaremos
la plática; me retiro, (levantándose.)

tengo que dar unos dias
y es tarde ya. Con permiso

de usted... primo...

CAR. Usted le tiene,
primita. (Por fin respiro!)

ESCENA X.

CARLOS, solo.

Pues no tiene mal palmito
la niña, mas si al de Clara

ese rostro se compara,
qué vale el de está? Maldito. (saca el retrato.)

Que haré con este diseño?
Le dejo allí, ó me le guardo?

Voy á entregárselo á Eduardo
para que busque su dueño.

ESCENA XI.

CARLOS, ISABEL.

ISA. Señor don Carlos?

CAR. (Veré

si algo la doncella apunta.)

ISA. Un caballero pregunta
allá fuera por usted.

CAR. Eduardo acaso será.

ISA. Como aqui en este Madrid
se roba con tanto ardid,

no le he abierto.
CAR. Voy allá...

ESCENA XII.

ELISA, sola.

Vaya que es linda invencion
la de Carlos, á fé mia;

ya publicarlo queria...
con la mas pura intencion.

Primo insigne, ten mas calma,
que de pronto tanta dicha

se convirtiera en desdicha
siendo tan sensible tu alma,

y será injusto el rigor
empleado contra ti,

mas es un capricho... si...
perdónaselo á mi amor.

Para tu gloria obtener
tienes que sufrir un rato;

por de pronto, este retrato
ya no le vuelves á ver.

(vase por el guardaropa con el retrato.)

ESCENA XIII.

CARLOS, EDUARDO.

CAR. Esa torpe de criada
no te conocia ya?

EDU. Me vé por primera vez,
no lo debes extrañar.

CAR. Quién te abrió la puerta en antes?
Fué el asturiano quizás?

EDU. Justamente.

CAR. Siéntate,
que hay una gran novedad

que contarte. (con alegría.)
EDU. Ya te escucho.

Viste á la prima... eh? qué tal?
Es muy linda, y te prendó?

Lo adiviné; voto á san,
no lo dige..?

CAR. No es la prima.

EDU. Pues quién es?
CAR. Quieres callar?

Es el asombro mas grande!
Que feliz casualidad!

EDU. Qué sucede?
CAR. Amigo mio,

sin que te pueda explicar
el cómo de esta aventura,

lo cierto es que mi beldad
se me apareció en retrato.

EDU. En esta pieza?
CAR. Cabal,

aqui me encontré la copia
del divino original

por quien tanto ha que suspiro
sin que le pueda alcanzar.

EDU. Es extraño!
CAR. Ya lo creo;

ahora mismo lo verás;

verás, Eduardo, que hermosa, que aire tan angelical, que mirar tan espresivo, tan dulce... Pero será (*buscando el retrato.*) posible?... No; esto sucede por arte de barrabás.

EDU. Qué te pasa?

CAR. Yo estoy loco..!

EDU. Si te entiendo... Por San Blás, acabarás de explicarte?.. Veamos esa deidad.

CAR. Acaso puedo enseñártelo?

EDU. Pues cómo?... qué...?

CAR. Voló yá! Admírate, amigo mio; ha seis minutos no mas que le tube entre mis manos, aqui mismo, si, formal; salgo á ver quién me buscaba, le pongo allí, bajo el frac, vuelvo, y... ya desaparece!!...?

EDU. Es lo mas particular. Has mirado si en tu alcoba...?

CAR. Nadie se puede ocultar. (*entra en la alcoba.*) Mira: la cama, dos sillas... Esto es sobrenatural.

EDU. Que diablo!

CAR. Tu no adivinas?...

EDU. Como es posible atinar!

CAR. Pues señor, no cabe duda que hay una trama infernal, que se ha urdido en esta casa contra mi tranquilidad.

EDU. Y hemos de desenredarla, te lo prometo.

CAR. Será que habite aqui mismo Clara y me oculten...

EDU. Necedad. En fin, yo tengo un amigo que hace seis años ó mas que es visita del Baron, y muy intimos, el cual voy á buscar al momento, y sin darle á sospechar el motivo que me lleva, espero me aclarará lo que es preciso sepamos, para que cese tu afan.

CAR. Es un obsequio, Eduardo, que nunca podré pagar...

EDU. Que disparate; tambien tengo interés sin igual en poder coger el hilo de esta intriga.

CAR. Brevedad y sigilo te encomiendo.

EDU. De eso no tienes que hablar, Al instante vuelvo.

CAR. A Dios.

EDU. Tu tío llega.

CAR. Es verdad.

ESCENA XIV.

Dichos, y el BARON.

CAR. Querido tío...

BAR. Señores

conque juntitos? Celebro ver mi casa tan honrada.

EDU. Yo soy, Baron, el que tengo el honor de...

BAR. Nada, nada, no hay que andar con cumplimientos. Ya sé, Carlos, por mi hija, que la has visto; y segun creo la has agradado bastante; vaya, no podia menos.

CAR. Es favor que me dispensa mi linda prima.

BAR. No siento mas que la temprana muerte de su tío; á no ser eso no se veria mi Elisa espuesta á algun contratiempo, enamorándose incauta del talle de algun tontuelo barbilindo y calavera que nos dé algun sentimiento.

EDU. Pero su niña de usted...?

BAR. Es juiciosa, y me prometo, que no se aparte jamás de cuanto yo la aconsejo. Pero hablando de su tío; era otra cosa!.. Qué empeño tenia por conocerla! La adoraba!

EDU. Segun eso, no la habia visto nunca?

BAR. No señor; si en este invierno pensamos marchar á Cádiz, y para mayo, ó mas presto, pasar á la Nueva España y celebrar su himeneo?

CAR. Y qué edad tendria el tío?

BAR. Todavia no era viejo, sesenta y seis á lo mas, y tan robusto, tan tieso...

CAR. (Pobre Elisa.)

BAR. Que desgracia!

CAR. (Mas vale que se haya muerto!)

BAR. Conque olvidando estas cosas que ya no tienen remedio, y una vez que te acompaña D. Eduardito, me atrevo á suplicar me dispenses que me retire allá dentro; llegó el administrador del cortijo del Cerezo á presentarme las cuentas, y quisiera...

CAR. Usté es muy dueño.

BAR. Salgo para despacharle y sin detencion me vuelvo... Si necesitas algo que te lo den al momento.

CAR. Gracias, tío...

BAR. Hasta despues; saludo á usted, caballero.

ESCENA XV.

CARLOS y EDUARDO.

CAR. Es muy grande mi impaciencia, y si quisieras...

EDU. (*toma el sombrero.*) Te entiendo.

CAR. Si, Eduardo, loco estoy!

EDU. Tranquilízate. Qué es esto!.. (se oye un piano.)
no oyes?..

CAR. Es un preludeo...

EDU. Van á cantar....

CAR. Escuchemos!..

(Elisa canta dentro.)

Si quieres ballar el idolo

que adora tu corazon,

no busques, doncel, á Clara,

no busques á Clara, no:

llama á Elisa, y sus acentos

responderán á tu voz,

dando á tu pecho esperanza

si la esperanza perdió.

CAR. Su voz!.. Es ella!..! Dios mio!

EDU. Esa Clara que...

CAR. Ya puedo

decir que soy mas dichoso

de lo que esperaba!..

EDU. Pues te doy la enhorabuena,

bien sabe Dios que me alegro.

CAR. Tú no sabes qué placer

esperimento en mi pecho.

EDU. No vayas á caer malo

de la alegría.

CAR. Es que siento...

Vaya, no puedo esplicarme...

late el corazon... y tengo

una impaciencia tan grande

por verla. Oh! es un portento!

Clara mia! Voy... (quiere irse.)

EDU. A dónde?.. (le detiene.)

CAR. Dónde he de ir? Allá adentro

á verla.

EDU. Con mas cachaza,

(Este hombre ha perdido el seso!)

Pues me gusta; calma, calma,

el desenlace esperemos,

que debe estar ya muy próximo.

CAR. Vuelve á cantar!!!

EDU. Si, silencio.

(Canta.) Cuando á la orilla del Betis

tus protestas desoyó,

cautiva su mano estaba

si libre su corazon.

Mas hoy te concede en premio

de tu constancia y tu amor,

su corazon y su mano

que la libertad cobró.

CAR. Si, no hay duda, soy feliz!

Qué voz! qué gracia!

EDU. Celebro

tanta dicha, amigo Carlos.

CAR. Se cumplieron mis deseos!

ESCENA XVI.

Dichos, el BARON.

BAR. Y qué les parece á ustedes
Elisita?

EDU. Voz muy bella!

En extremo me ha gustado

BAR. Mucho, mucho, eh? de veras?

Me alegro; oh! es primorosa,

no porque su padre sea ..

CAR. Conque quien cantó fue Elisa?

BAR. Si señor.

EDU. (Quien esto entienda

digo que...)

CAR. Mi prima Elisa?

BAR. Mi hija, tu prima. (Torpeza

como la de este sobrino,

no la he visto!) No te acuerdas

de haberla hablado ahora poco?

CAR. Si señor...

BAR. Pues si te quedas

tan admirado y tan...

CAR. Bueno.

(Pues señor, esto vá en regla;

tú lo entiendes? (á Eduardo.)

EDU. Ni por pienso. (á Carlos.)

CAR. Señor, qué maraña en esta

BAR. Conque tan bien les parece?

Pues es preciso que sepan

que es de aficion cuanto hace.

Ya he dispuesto yo que aprenda

por principios, si señor.

EDU. Muy bien hecho.

CAR. (á Eduardo.) (Anda, espera

á que por sí se declare.

Estoy loco!)

EDU. Ten paciencia. (á Carlos.)

BAR. Cómo? qué?

EDU. Que es acertado

cuanto sobre Elisa piensa

usted, le decia á Carlos.

BAR. Yo lo creo! Si usted viera

que tan solo con oirla

saca una pieza cualquiera

al piano! Qué es eso, Carlos?

Te miro asi... con tristeza...

y pensativo... qué tienes?

EDU. Nada... sin duda se acuerda

de su provincia.

BAR. Eh!.. que diablo!

Es preciso te diviertas

en Madrid... y...

EDU. No hay cuidado,

eso corre de mi cuenta.

BAR. No te puedes figurar

cuanto siento que á la mesa,

como seria mi gusto,

acompañarte no pueda;

ya se vé, no me avisaste

venias en diligencia,

y hoy quedé con mis amigos,

por cierto que me pasa,

en ir á comer á Europa;

mas á pesar de esta oferta

ya me dispuse á faltar;

pero en esto se presenta

uno de ellos... don Torcuato,

con su insufrible etiqueta,

y me dice que es preciso

que yo no falte á tal fiesta,

que me echarian de menos;

¡que tonteria! y me pesca,

y me obliga á que con él

me vaya sin mas espera.

CAR. Es muy justo que usted cumpla

con sus amigos.

BAR. Tan pelma

es este tal don Torcuato...

CAR. Vaya usted, no se detenga,

conmigo cumplido está.

BAR. He menester tu indulgencia.

CAR. Qué!.. no señor... y ademas

que muchos dias nos restan

para que sin compromisos como el de este día, pueda tener el placer que usted coma en casa.

BAR. Es verdad, queda mi palabra ya empeñada para mientras permanezcas en Madrid, de no faltar; y Elisita que desea hablar contigo despacio, te acompañará á la mesa, y usted ocupa mi puesto. (*á Eduardo.*)

EDU. Tantas gracias...

BAR. Con franqueza.

EDU. Se lo agradezco infinito; pero en mi casa me esperan.

BAR. Se mandaría recado.

EDU. Hoy de ninguna manera puedo complacer á usted.

BAR. Pues mañana.

EDU. Usted se empeña...

BAR. Si, mañana. A Dios, Señores; luego que encuentre manera de escaparme, estoy aquí.

CAR. A Dios, tío.

BAR. Hasta la vuelta.

ESCENA XVII.

CARLOS, EDUARDO, y luego ISABEL.

CAR. Que dices de lo que pasa? Yo no sé que presumir...

EDU. Se me ocurre un pensamiento para que averigues.....

CAR. Di.

EDU. Mientras yo en mis relaciones, que son muchas en Madrid, y que conocen al tío y á su familia, y en fin, mientras que yo pongo en juego cuanto pueda conducir para que á tu dama duende, que parece muy sutil, la quitemos esa máscara conque se quiere reir á tu costa; me parece que si la escribieras...

CAR. Chist!

No conoces que vivimos donde las paredes...

EDU. Si.

Bien sé que cuanto digamos lo escucharán por ahí, pero no importa que oigan lo que te voy á decir. Debes poner una carta rogando á tu serafín, que cese en su juego cómico para hacerte ya feliz, si su gusto es el premiar tu amoroso frenesi; que si no te hará creer, y ese pensar fuera vil, que contigo se entretiene cual si fueras manigüí.

CAR. Has hablado como un Séneca.

Bien, bien, la voy á escribir. (*va á la mesa.*)

EDU. Cuatro letras nada más; luego la pones aquí, en donde estubo el retrato.

ISA. Que si puede usted venir.

CAR. Dónde, niña?

ISA. Al comedor.

Que le esperan...

CAR. Voy, si, si.

ISA. La señorita.

CAR. Al momento. (*escribiendo.*)

ISA. Está bien. (*vase.*)

EDU. Ya puedes ir.

CAR. Si, no vengan... y... concluyo. (*pausa.*)

Te parece bien así? (*se levanta y se la da.*)

EDU. (*leyendo para si.*) Perfectamente; á comer.

CAR. Cuanto diera por salir hoy mismo de tantas dudas!..

EDU. El duende del camarín, mientras comes, se presenta; él se quiere divertir, mas todas las dichas juntas las reserva para ti.

ESCENA XVIII.

CARLOS, despues ALBERTINA.

CAR. Si fuese cierto, Dios mio!

Si mi alma tal dicha alcanza!

Si se cumple mi esperanza!..

Pero es loco desvario...

Dejo aqui el papel ahora;

veremos que resultado...

ALB. Conque aqui tan descuidado y yo esperando?

CAR. Señora!!

(*Me sorprendió!*) Prima amable, una carta de interés que ya concluía...

ALB. Pues

es crimen imperdonable.

CAR. Así lo creo en conciencia.

Y bien, qué tendré que hacer para...

ALB. Venir á comer.

CAR. No es mala la penitencia.

ESCENA XIX.

ELISA, por el guardaropa.

Se fueron; puedo salir...

Ay Carlos! que sobresaltos

te estoy haciendo pasar...

Te veo tan trastornado...

Ya se vé, si el infeliz,

lo que es hoy dia tan raro,

quedó tan solo con verme

de veras enamorado!

Y somos en general

las mugeres, al mirarnos

distinguidas por un hombre,

injustas á sus halagos!

Que hermoso es cuando nos ruegan

y nos llenan de agasajos,

y ponderan nuestras gracias

y alaban nuestros encantos,

mostrarnos indiferentes

á su amoroso entusiasmo,

y si doblan sus protestas,

si se deshacen jurando

su pasion y su constancia,

completo triunfo alcanzamos.

Oh si queremos de veras

y nuestro amante taimado

se distrae á pesar nuestro,

algo mas le contemplamos.
 Pues no debe ser así,
 yo de todo me hago cargo;
 es ya tan solo mi anhelo
 decirle que le idolatro,
 y... hasta pedirle perdon
 que le di muy malos ratos;
 luego mi papá vendrá,
 que ignora cuanto yo hago,
 y no sabe que Albertina
 está mi puesto ocupando,
 y entonces es indispensable
 que estalle el compló empezado.
 Es preciso concluir,
 pero quisiera arreglarlo...
 de un modo... cómico... y...
 Aquí una carta! Es de Carlos;
 vá perdiendo la paciencia,
 esto me gusta; veamos. (*lee.*)
 «Hace tiempo, Señorita,
 «que con mi amor, ciego, insano,
 «por vuestra hermosura célica
 «en pos de su luz me arrastro.
 «Tan pronto os apareceis
 «cual iris en mi naufragio,
 «como augurio de desdichas,
 «á mis ojos ocultandoos,
 «que es como si el sol negase
 «al universo sus rayos.
 «Harto por vos ha sufrido
 «quien por vos solo alentado
 «espera en el porvenir,
 «en el porvenir dorado!!!...
 «Cese ya mi incertidumbre
 «y pronuncie vuestro labio
 «una palabra de amor
 «que es cuanto desea Carlos.»
 Lo merece el pobrecillo;
 es tan noble, tan buenazo!
 Y se explica con pasión...
 Alguien viene, siento pasos,
 es Isabel. (*escucha entornando la puerta.*)

ISA. (*dentro.*) Señorita,
 soy yo, no tengais cuidado.

ESCENA XX.

ELISA, ISABEL.

ELI. Como está mi caballero?

ISA. Allá en la mesa charlando
 cuenta ahora á la Señorita
 Albertina, muy despacio,
 sus amores en Sevilla,
 y el feliz é inesperado
 momento de conoceros;
 y con tan solo nombraros
 se colora y palidece
 y tiembla como azogado.

ELI. Vaya, no es poco sensible;
 creeria... Se pondrá malo?...

ISA. Por lo menos la comida
 no creo que le haga daño;
 todo se le vá en hablar
 mucho, y no prueba bocado.

ELI. Y Albertina no le dice...

ISA. Ella misma le hace plato,
 pero nada; ahora se empeña
 en que ella le está engañando,
 y casi por Dios la ruega...
 qué, dá lástima el mirarlo. (*se sonrie Elisa.*)

Se rie usted, Señorita?
 Su corazon es de mármol;
 si un chico así me quisiera
 como la ama á usted D. Carlos...

ELI. Qué harías?

ISA. No se que haria
 si me hallase en este caso,
 mas... no fuera tan ingrata.

ELI. Ola Isabel!

ISA. Pues es claro.

ELI. Ve al comedor no sospechen...

ISA. Todavía están despacio.

ELI. No obstante, vete, Isabel,
 y no olvides mis encargos.

ISA. Puede usted estar segura,

ELI. Ya lo sé, mas sin embargo,
 pudiera venir papá...

ISA. No pase usted sobresalto.

ESCENA XXI.

ELISA, sola.

(*se sienta á escribir, y por intervalos dice.*)

Tu buscas á una dama,
 á pesar de su ausencia y sus desvios
 que tu pasión inflama;
 pero ella tanto te ama
 que hoy mismo ha de llamarte dueño mio.
 Hoy, si, verás cumplida
 esa esperanza que tus dias dora,
 y que creias perdida,
 porque á tu amor rendida
 está la dama que tu pecho adora.
 Eterno desconsuelo
 mi obediencia filial me disponia,
 mas sin pedirlo al cielo
 me deparó el consuelo
 con mi libre alvedrio que queria.
 Lo escrito es ya bastante; (*levantándose.*)
 la carta dejo con la llave al lado,
 que ha de tomar mi amante
 inquieto y anhelante
 por saber de su suerte el resultado.

(*observa por la puerta y advirtiendo ruido se retira por el Guardaropa.*)

ESCENA XXII.

CARLOS, solo.

Hemos comido en posta;
 caramba ea la primita!
 ó hablando propiamente
 mejor decir podria,
 que á la mesa me he puesto
 tan solo por política;
 que desde que ese duende
 mi corazon fascina,
 ha muerto mi apetito
 y mi razon vacila.
 Voy á ver si la carta
 que aqui he dejado escrita
 existe... ¡ó... que estoy viendo!
 esto me espasmodiza?
 No hay duda, me contesta (*tomando la carta.*)
 mi dama peregrina;
 quiero ver lo que dice
 esta carta bendita; (*la abre.*)
 mas es tanto mi gozo
 que se turba mi vista,
 y no distingo apenas...
 á ver... oh cual se agita

mi corazón amante
 cuando pienso en mi dicha!
 Me siento mas sereno,
 veamos la misiva. (lee.)
 «Tiempo era que á mi amante
 le llegára su día,
 en premio á su constancia
 por su dama perdida;
 mas esto es, si el secreto
 á nadie le confía.
 Al ser las cuatro en punto,
 con la llave que encima
 de la carta que lees
 hallarás, en seguida
 abres el guardaropa
 de tu cuarto. (Oh delicia)
 y verás, no te asombre,
 á tu querida Elisa.» (coge la llave.)
 La aprension es estraña,
 bien rara por mi vida,
 mas esto, qué me importa
 si voy á ver cumplidas
 mis dulces esperanzas?
 Qué placer, qué alegría!!
 Pero reflexionemos;
 aqui se firma Elisa,
 y que á Elisa buscarse
 en su cancion decia.
 Y Elisa no es la que amo,
 porque es Clara, y la misma
 la mismísima Clara
 que conocí en Sevilla
 la que cantó hace poco, y.
 Jesus que tarabilla
 de nombres, Dios eterno!
 No es posible, á fe mia,
 entender este enredo;
 mas la hora se aproxima, (guarda la carta.)
 voy á verla, y qué importa
 sea Clara ó Elisa.

ESCENA XXIII.

CARLOS, EDUARDO.

EDU. A quién? Qué es eso, Carlos?
 Qué ha pasado?
 CAR. (Maldita casualidad!)
 EDU. Qué dices?
 CAR. Que iba á verte decia.
 (Pues estamos medrados
 ahora con la visita!)
 EDU. Yo escuché cuando entraba...
 Voy á verla, y creia
 que habias encontrado
 el hilo de la intriga.
 CAR. Nada de eso.
 EDU. Y la carta?
 CAR. Se la han llevado, mira...
 EDU. Y no te han contestado?
 CAR. No, y tú, me traes noticias?
 EDU. Vamos, hombre, sé franco
 conmigo.
 CAR. Hay tal mania!
 cuando digo...
 EDU. Ya basta;
 de un modo me lo afirmas...!
 CAR. Conque vamos, qué sabes?
 EDU. Por todas mis pesquisas
 sé positivamente

que solo tiene una hija!
 el dueño de esta casa,
 como única familia;
 á mas de los criados
 que conoces, tu prima,
 segun me han informado,
 tiene una intima amiga
 de quien nose separa.

CAR. Y se llama?..
 EDU. Albertina.
 CAR. (Pues señor, no lo entiendo!)
 EDU. El diantre de la niña
 nos quiere volver locos.
 CAR. Sin duda. (Como haria... (mira el reloj.)
 faltan ocho minutos!)
 Eduardo?
 EDU. Qué querias?
 CAR. Te parece salgamos?
 La tarde nos convida.
 EDU. Como gustes.
 CAR. Entonces
 voy por la ropa limpia
 y me visto, y me arreglo
 á las mil maravillas;
 me esperas en tu casa,
 quieres?
 EDU. Qué tonteria!
 Para qué? Aqui te espero.
 CAR. Es que... ¡Virgen Santisima! (oyendo al tio.)
 El tio! Pues ya escampa,
 Vaya, hombre, date prisa.

ESCENA XXIV.

Dichos, y el BARON.

BAR. Vuelvo de mi convite.
 Loado sea Dios,
 sin aguardar los postres,
 mirando que el reloj
 iba á marcar las cuatro,
 me despido, y veloz
 como una diligencia
 cuando entra en poblacion,
 me dirijo á mi casa
 y ya contento estoy,
 que este es mi centro, amigos;
 toda mi obligacion
 es cuidar de mi niña,
 mi consuelo, mi amor,
 y despues de los bienes
 que han de ser en su pró;
 demas de esto, está Carlos
 y no será razon...
 CAR. (Aunque no hubieras vuelto
 no hacias falta, nó.)
 BAR. Conque se va á paseo,
 D. Eduardo?
 EDU. Si, voy
 con este buen amigo
 que está hecho un ababol;
 conque piensas vestirme?
 CAR. Déjame por favor.
 (Las cuatro van á dar!..
 como echar á los dos?)
 BAR. Si, si, que en este tiempo
 se pone pronto el sol. (dan las cuatro dentro.)
 CAR. (Las cuatro! Llegó la hora,
 y qué hago? Esto es atroz!)
 BAR. Y á donde piensan ir
 ustedes?

EDU. Qué sé yo?
Hoy iremos al Prado.
BAR. Lleno estará el salon.
CAR. (Ya verá el compromiso en que me encuentro. Oh! no hay remedio... yo parto y todo se acabo.)
Aquí, querido tio, en esta habitacion, una muger existe imágen del candor, que adoro con delirio y no es ponderacion. Ni sé cómo se llama, ni quién es; pero yo lo he de saber muy pronto que cesó su rigor.
BAR. Carlos, qué es esto? Ignoro... dame una esplicacion...
EDU. Qué haces, Carlos? Que dices?...
CAR. Si amigo, apareció esa mano invisible, oculta, superior que hace tantos prodijios que inesplicables son.
BAR. Prodigios? Qué me dices?
(Este el juicio perdió!)

CAR. Y esta misma, señores, vi con admiracion, que con este billete el talisman me dió. (lo saca del bolsillo.) por el cual...

EDU. Una llave!...

CAR. Hallará el corazon ese ser sobrehumano que con dolor perdió.

EDU. Cómo?

CAR. De esta manera.

BAR. Veamos.

CAR. Atencion!...
(abre el guardaropa y aparece Elisa.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ELISA y despues ALBERTINA.

BAR. Mi hija!

CAR. Su hija de usted!!.

BAR. Es claro, de que te admiras?

EDU. Estamos frescos.

CAR. Y la otra?

BAR. Qué otra?

CAR. Esta Señorita
(viendo salir á Albertina.)
no es su hija de usted?

BAR. Mil gracias!

Pues me place la noticia como hay Dios!!.

CAR. (á Eduardo.) Entiendes algo de este embolismo?

EDU. (á Carlos.) Ni pizca.

CAR. Elisa, esplíqueme usted. (á Albertina.)

BAR. Esplíquese usted, Albertina. (á id.)

CAR. Qué, no es Elisa esta joven?

BAR. No, esta joven es Elisa; (señalándola.) habla, hija mia, y sepamos la solucion de este enigma.

ELI. Por una casualidad conocí en Andalucia á Carlos, sin que supiéramos

él ni yó que nos unian vinculos de parentesco y afecciones de familia. Me declaró que me amaba, pero estando prometida mi mano ya, reusé el amor que me ofrecia; llega á casa, le conozco, y hallando ocasion propicia de averiguar si aun me quiere, echo mano de la intriga, y conseguido mi intento demando perdon sumisa de una falta, que si es falta, la es del amor y no mia.

CAR. Ah! ya lo comprendo todo. (gozoso.)

BAR. Pues yo de esa retabilla tan solo he sacado en limpio una cosa, que la niña te quiere.

CAR. Y es lo bastante para que haga usted su dicha y la mia, concediéndome su mano.

BAR. Pues concedida la tienes.

CAR. Oh! soy dichoso!

ELI. (Bailando estoy de alegria!)

BAR. Pasados un par de meses, que es lo que se necesita para arreglar el asunto con la madurez debida, se efectuará vuestra boda, y que de salud os sirva,

CAR. Eduardo será el padrino.

ELI. Y Albertina la madrina.

EDU. Acepto.

ALB. Con mucho gusto.

BAR. Los dos vienen de perilla...

EDU. Carlos, y tu juramento de no dividir con prima tu tálamo?

CAR. No repara quien ama en cosas tan nimias. Ademas, tengo razones para pensar de distinta manera.

EDU. Cuáles? Veamos...

CAR. Los ojos de la primita.

EDU. Amor vogó viento en popa.

CAR. Pero inquieto...

ELI. Un temor... Cuál?

EDU. Si pareció bien ó mal

La dama en el guardaropa.

FIN.

MADRID: 1848.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.